

En Venecia y en memoria de Javier Marías

ANDRÉS SORIA OLMEDO De la Academia de Buenas Letras

El domingo 11 de septiembre, al aterrizar en Venecia y reactivar el teléfono leí que había muerto Javier Marías. Me impresionó la coincidencia. No lo conocí personalmente pero estoy rodeado de personas cuyo aprecio por él fue correspondido. Ese día fue el de mi traslado a la ciudad donde ejerzo de profesor visitante en la Universidad Ca'Foscari durante este primer semestre del curso. Javier Marías vivió en Venecia, donde quiso y fue querido, y sus páginas sobre la ciudad encuentran la difícil diferencia propia entre tantos miles de ellas escribiendo desde el interior, desde el ángulo de los habitantes, propietarios de una vida cotidiana y de una herencia extraordinaria de gloria pasada y orgullo presente.

Al incorporarme yo de nue-

vo (por tercera vez en los últimos diez años, ¡gracias, Enric!) a una suerte de rutina universitaria y de cada día estoy en paraje de constatar la veracidad de las «pruebas» venecianas de Javier Marías («pruebas» como en el Moreno Villa de Pruebas de Nueva York, no impresiones sino pruebas fotográficas de cuando la fotografía se revelaba).

Un rasgo inseparable de la voluntad de veracidad de la mirada de Javier Marías sobre Venecia –sobre el mundo– es la matizada ironía frente al estereotipo. Es posible que esa veracidad irónica caracterice su punto de vista narrativo sobre los afectos, los deseos y las emociones que integran su mundo imaginario, tan vasto y matizado y ambicioso como para buscar la emulación con Shakespeare.

Granadino en Venecia, querría recordarlo, y a los suyos de aquí, venecianos de nacimiento o vocación. A poco de llegar tuve que hacerme un carné de la biblioteca universitaria en las Zattere, con su farolas rosa frente al canal de la Giudecca. Me llegué a Torcello, después de apartarme de las multitudes que van a Burano, a ver las casa de colores vivos y las tiendas de bordados, y volví a ver la basílica bizantina (pegando la oreja a la visita guiada de un grupo de alemanes).

Este año me ha tocado el silencio absoluto del Campo di Zan Degolà (o plaza de San Juan Bautista degollado), cuya iglesia está dedicada al culto ortodoxo, con lo que los domingos puede uno asomarse a esas misas, raras par mi ignorancia, en que los curas aparecen y desaparecen detrás del iconostasio y las mujeres balcánicas charlan y encienden velas con sus pañuelos en la cabeza.

Mientras cruzo la plaza, bajo el puente Bembo se cruza la cuchilla de una góndola con la luz verde de un taxi acuático.